

BOLETIN SALESIANO

Debemos ayudar á nuestros hermanos á fin de cooperar á la difusión de la verdad.

(III S. JUAN, 8).

Atiende á la buena lectura, á la exhortación y á la enseñanza.

(I TIMOTH. IV, 13.)

Entre las cosas divinas, la más divina, es la de cooperar con Dios á la salvación de las almas.

(S. DIONISIO.)

El amor al prójimo, es uno de los mayores y más excelentes dones, que la divina bondad puede conceder á los hombres.

(El Doct. S. FRANC. de Sales).



Quien recibiere á un niño en mi nombre, á mí me recibe.

(MATH. XVIII.)

Os recomiendo la niñez y la juventud; cultivad con grande esmero su educación cristiana; y proporcionadle libros que le enseñen á huir del vicio y á practicar la virtud.

(PIO IX.)

Redoblad todas vuestras fuerzas á fin de apartar á la niñez y juventud de la corrupción é incredulidad y preparar así una nueva generación.

(LEON XIII.)

—{§§(DIRECCION en el Oratorio Salesiano — Calle de Cottolengo N. 32, TURIN (Italia))§§—

Sumario.

Su Santidad León XIII y el Santo Rosario.
El Mes de las Animas.
La cuestión social.
INGLATERRA. Colocación de la primera piedra de la iglesia del Sagrado Corazón de Jesús.
FRANCIA. Niza. La Obra del Pan Cotidiano.
Nuevo Oratorio Festivo. Una gracia de san José.
NOTICIAS DE NUESTRAS MISIONES. Tierra del Fuego.
Nuevos neófitos.
BELÉN. Asilo de la Santa Familia.
Gracias de María Auxiliadora.
Historia del Oratorio de San Francisco de Sales.
Privilegio especial.
Grabados. Iglesia del Sagrado Corazón de Jesús. Una casa Salesiana en la isla de Dawson. La Misión Salesiana en la Tierra del Fuego.

sobre la importancia de la devoción de que trata.

Manifiesta Su Santidad cuán grato le es recomendar la devoción á María, devoción que ha cultivado desde sus primeros años, y á la cual debe innumerables beneficios y consuelos.

Grandes son los males que hoy en día afligen á todos los pueblos: el espíritu de impiedad y libertinaje siembran la desolación; apenas si en alguna parte se trabaja como es debido para contenerlos, y al contrario fomentanse con la indiferencia y la libertad con que los autorizan los llamados á reprimirlos; la enseñanza pública avergüenzase de pronunciar el nombre de Dios; insúltase á la Iglesia, relájase la fe de no pocos católicos... De aquí la necesidad de la oración, sobre todo para desagaviar á la divina Providencia.

Y bien sabido es que el Rosario es una de las oraciones más eficaces para reparar tantas desgracias y mejorar las costumbres.

Si la Iglesia triunfó de los Albigenses y salvó á la religión de mil peligros fué mediante la protección que por medio del Rosario obtuvo de la Santísima Virgen.

Recurramos, pues, á ella con la misma

SU S. LEON XIII

y el Santo Rosario

El objeto del Boletín es el de dar noticia de las Obras Salesianas á nuestros Cooperadores. No podemos, por tanto, reproducir regularmente todas las encíclicas del Sumo Pontífice; y así con respecto á la del Santo Rosario nos es grato recomendar siquiera su lectura á los fieles y llamarles la atención

confianza con que tan solemnemente se la invocó en tiempos pasados y no tardaremos en atraernos singulares favores del Cielo.

Después del sacrificio de la Misa y de los Sacramentos, dice Saldá, la oración es la parte más esencial del Catolicismo, y el *Pater, Ave y Gloria* son las fórmulas más completas y acabadas de ella. Toda la sabiduría de los más eminentes teólogos no hubiera acertado á prescribir un medio más sencillo y más completo de orar.

El *Padre nuestro* es el memorial dictado por el mismo Jesucristo en persona, que lo dejó como en borrador á sus discípulos, para que de allí lo copiásemos todos cuantas vecesuviésemos que dirigirnos en demanda de algo al Padre celestial. La primera dificultad que aqueja al lugareño que ha de presentar á una autoridad elevada una súplica cualquiera, es el modo de expresarla. Por esto la costumbre ha puesto en práctica ciertas fórmulas de pedir que, con ligeros cambios, sirven para todos los casos. Por esto se dice al atribulado en tales apuros: « Ponga V. una solicitud ó memorial. » Y si por su rudeza no sabe cómo empezar, no falta por allí un oficial caritativo que le tome la pluma de las manos y se lo endilgue en un dos por tres, y le diga luego: « Ea, firme V. ahora aquí al pie, y asunto concluido. »

El ejemplo es vulgar y ordinario, pero exactísimo. Somos delante de Dios mucho menos que rudos lugareños ante el gobernador de la provincia, y con todo y sentir mucho nuestras necesidades, no acertamos con el remedio que hemos de pedir por ellas, ni aunque lo acertáramos sabríamos tal vez pedirlo. Cristo, ministro, y como secretario de Dios Padre, y enviado por Él para instruirnos, vió esta necesidad y nos dijo un día (Math. vi, 9): *Mirad de qué modo habeis de pedir: Padre nuestro que estás en los cielos, etc.* Y dictó el *Padre nuestro*. Al memorial cuyo borrador nos puso Cristo en las manos no le falta punto ni coma. Comprende todas las necesidades, empezando por las del alma, siguiendo por las del cuerpo, y acabando con aquel tan expresivo *Libranos de mal* que lo dice todo. Y es brevísimo como ha de serlo todo memorial, que después del *Illmo. Exmo. Sr.* hasta lo de *Gracia que espera, etc.*, no ha de contener más que lo sustancial de la súplica. Aquí

el *Illmo. Sr.*, el encabezamiento, lo forman aquellas palabras *Padre nuestro que estás en los cielos*, y la conclusión la constituye aquel *Amén* que añadimos, y que significa, según el Catecismo *Así sea*, que no es más que aquello de *Gracia que espera obtener del buen corazón etc., etc.*

El *Ave María* no forma parte del memorial. Es, digámoslo así, la carta de recomendación, como que también valen en el cielo los empeños y las cartas de recomendación, porque el dogma católico las admite con el nombre de *intercesión*, aunque rabien los protestantes. Y cabalmente la doctrina católica nos dice que hay allí cerca del trono de Dios una Mujer, á quien los Angeles de parte de Dios llamaron ya en este mundo llena de gracia, y á quien nosotros reconocemos llena de gloria, de poder y de majestad. Es Madre del Rey, y con esto está dicho todo. Y es además de una hermosura incomparable, en su alma más aún que en su cuerpo. Y por ser tal puede mucho y muchísimo, y una palabrilla suya, vamos al decir, un gesto solo, un movimiento del corazón bastan para arrancar del trono de Dios la merced que suplicamos. Por esto nos asimos á su manto y después de firmado el memorial consabido, unimos á él otro memorialito á la Madre del Rey para que apoye al primero, y si conviene lo presente ella misma en persona.

Por esto, después de dirigirla algunos saludos le decimos *Ruega por nosotros pecadores*, es decir, recomienda, apoya, haz valer tu empeño. En suma, lo dicho, una verdadera carta de recomendación, un empeño como cualquier otro.

El *Padre nuestro* es el memorial. El *Ave María* es la recomendación. El *Gloria Patri* viene á ser la dirección ó el sobrescrito.

La gloria de Dios es el fin supremo de todo, así en el orden natural como en el sobrenatural. Por ella fueron criados cielos, tierra, ángeles, hombres, cuerpos y almas. Lo que á ella no se dirige es esencialmente defectuoso. El que desease la mayor y más elevada suma de heroicas virtudes, si no dirigiese implícita ó explícitamente este deseo para gloria de Dios, no sería un santo, sino un satánico egoísta. Hasta el deseo de salvar nuestras almas debe estar subordinado á este fin único y supremo: que sea para gloria de Dios. Por esto aquel lema bendito de un gran Santo y de una gran sociedad

religiosa: *Ad maiorem Dei gloriam*: A la mayor gloria de Dios, es más elocuente y dice más que cien libros. Si la gloria de Dios ha de ser el fin de todo, con mayor razón debe ser el fin de la oración. A esta debe dirigirse toda. Bueno es, pues, consignarlo después de ella, y como si dijésemos, añadir en el sobre del memorial que, acompañado de la recomendación de María, enviamos á Dios esta *dirección*: « Todo lo que acabo de pedir es para la gloria del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo: » *Gloria Patri et Filio*, etc.

El Rosario es, pues, una excelente fórmula de oración, un medio poderoso para encendernos en la *devoción de los predeterminados*, para conservar la fe y conseguir de la Reina del Cielo toda suerte de gracias.

EL MES DE LAS ANIMAS

Noviembre es el mes de las almas del Purgatorio, el mes consagrado por la Iglesia para hacer especiales sufragios á fin de abreviarles sus penas y llevarlas al Cielo.

La devoción á las ánimas es de las más populares, y en muchas iglesias se conserva aún la antigua costumbre de tocar las campanas á cierta hora de la noche para avisar á los fieles que rueguen á Dios por las benditas almas del Purgatorio. Esto indica la generosidad de los sentimientos del pueblo y su buen corazón; pues que sabe recordar agradecido á sus deudos y bienhechores, no con vana ostentación de palabras ó con obras puramente terrenas que más halagan el amor propio de los vivos, que sirven de consuelo á los muertos, sino con sufragios, misas, oraciones, ayunos, indulgencias etc., que son la expresión más valiosa del verdadero afecto hacia ellas.

« Vosotros preguntáis, dice Bourdaloue, qué es lo que un alma sufre en el Purgatorio, y yo os respondo que sería más oportuno preguntar qué es lo que no sufre, tantos y tan grandes son sus padecimientos. A la verdad, todos los males de este mundo nada son en comparación de lo que aquellas almas padecen. San Agustín y San Gregorio lo aseguran, siendo así que los mártires sufrieron que los

metiesen lentamente en aceite y pez hirviendo, que los descoyuntasen, que los recostasen en parrillas hechas ascuas, que los revoleasen sobre piedras agudas y cortantes, que los arrojasen entre escorpiones y los devorasen las fieras.

* *

Cada alma vale más que un mundo, y por consiguiente librar á una de ellas de las llamas del Purgatorio es causar á Jesucristo un placer tan vivo como si se le libertase á Él mismo y se le abriese el cielo.

Sí, Jesús que ha derramado su sangre por cada uno de los hombres los ama infinitamente, y si no los lleva luego del Purgatorio al Cielo es porque en el cielo no puede entrar nada manchado.

Bienaventurados los misericordiosos porque ellos alcanzarán misericordia. ¡Qué consuelo poder decir: Hay un alma en el cielo que me debe en parte su felicidad, que está obligada á rogar por mí! ¡Ah! si Dios por expresa revelación os hiciera ver un alma en la gloria que con vuestros sufragios hubierais sacado del Purgatorio, ¿Con qué fe la invocaría? Pero aunque no la conocáis ella ¡os conoce, y en el cielo no hay ingratitud. ¿Permitiréis, Señor, que se pierda mi libertador? clamará ella. ¿Dejaréis de usar de misericordia con quien ha sido tan misericordioso conmigo?

Refiérese que en otro tiempo una nave llamada *La Redención*, de las costas de España se hacía á la vela para las playas de Africa, llevando el dinero destinado al rescate de los cautivos cristianos. A vista del barco libertador, los prisioneros cargados de grillos, se esforzaban en darse prisa para acercarse á la ribera, esperando ver con tal arrivo el fin de su cautiverio. Y luego, con mirada, inquieta y temblorosa voz, preguntaban al capitán: ¿Capitán, me traéis la libertad? ¿Mis hijos, mi esposa, mi madre, mis hermanos os han entregado el precio de mi rescate? Representaos su aflicción cuando se les respondía: No, no, aun tenéis que esperar. ¡Ah, exclamaban en su desesperación, hijos desnaturalizados, esposas ingratas, crueles padres que no vendéis algunos bienes, que no os priváis siquiera de vuestro lujo, de vuestras alhajas para tener con vosotros á quienes tanto lloramos vuestra separación! Mas, con qué trasportes de entusiasmo y alegría ben-

decían otros las manos bienhechoras que les enviaban el precio de su libertad.

Ved, de un modo semejante, al ángel del Señor que desciende al Purgatorio. Mirad cuántas almas le rodean. Celestial mensajero, le dicen, ¿venis á romper nuestras cadenas? — Sí, tocó el fin de vuestros tormentos: las oraciones, las limosnas, las buenas obras de vuestras madres, esposas, hijos y amigos han llegado hasta Dios y satisfecho su justicia. ¡Almas dichosas, subid al Cielo! (1).

Oigamos los lamentos de las benditas almas: *Apiadaos de mí, á lo menos vosotros, amigos míos*, nos dicen, *Apiadaos de mí porque soy más miserable que el pobre andrajoso que golpea á vuestra puerta, que el enfermo que reclama un remedio que el huérfano que os pide amparo, que el encarcelado que suspira por la libertad; pues todas esas miserias son fáciles de remediar y son sólo miserias del cuerpo pero yo ¡ay de mí! soy una pobre alma que llena de deudas, no tengo cómo pagar y soy atormentada con rigurosa justicia.*

En el último día Jesús nos dirá:

Bienaventurados vosotros, porque tuve hambre y me distéis de comer, tuve sed y me disteis de beber, estaba desnudo y me vestisteis, enfermo y me socorristeis, encarcelado y me visitasteis; *porque lo que habéis hecho con el último de los míos conmigo lo hicisteis.*

La cuestión social.

Nuestro siglo, dice un célebre escritor, tiene una dificultad que no acierta á resolver. Es la eterna cuestión entre ricos y pobres, es la cuestión llamada como por excelencia *la cuestión social*.

El siglo y sus filósofos se ven en tales apuros porque para nada cuentan con Jesucristo, solución suprema de todas las dificultades. Nosotros católicos acudamos á esa única solución, cojamos el pavoroso problema, y vámonos con él á Jesucristo.

¡Jesucristo! Precisamente le tenemos ahí entre nosotros en la mejor disposición para responder á nuestras dudas; se acerca la fiesta de su dichosa Navidad, y entre el regocijo del universo y los cantares del cielo

(1) ORRÚZAR, Catecismo en Ejemplos.

vamos á adorarle niño y pobrecito en un establo ruinoso, envuelto en pobres envolturas; sin cuna, porque yace en un pesebre de bestias. Allá va todo el mundo, allá han ido desde mil ochocientos años atrás todos los siglos, allá han ido pobres, allá se han presentado ricos, los mendigos con sus harapos, los reyes con sus coronas. Allá han ido todos, ¿por qué no hemos de ir nosotros? ¿Por qué no ha de ir también nuestro siglo XIX, con su abrumadora cuestión entre pobres y ricos, á ver si se la resuelve con una palabra ó con un sollozo este Dios, que es Dios de ricos y pobres?

Vedle. La casa no es tal, sino cueva destrozada y abierta á toda lluvia y á todo viento, y ¡cuidado que la estación es cruda y la noche destemplada! Y aun así, aquel portalejo no es habitación propia, sino prestada: menos que prestada, tomada de limosna, después de groseros desaires é ignominiosos desdenes. El mueblaje es tan ruin como la habitación. Unas pobres pajas, un tosco pesebre, telarañas por toda colgadura, suciedad y miseria por todo adorno. ¿Resta añadir alguna cosa á este cuadro de pobreza? Sí, porque la vecindad, á los acogidos en aquel albergue, les es completamente forastera, el poder público no tarda en convertírseles en perseguidor. Todo cuanto tiene de desconsoladora la miseria se halla allí reunido.

Y no obstante, Cristo Jesús no es pobre por necesidad, sino por elección. ¿Qué ha de ser pobre si es el Criador de todas las riquezas, y el Remediador de todas las necesidades! Es Dios y puede formarse un palacio en un momento, del mismo modo que con una palabra formó un mundo. Puede dar á sus miembros entumecidos por el frío lecho mullido y regalado, puede improvisarse corte obsequiosa que atienda á los menores detalles de su comodidad personal, puede rodear á su Madre de cuantas delicias ha imaginado la princesa más caprichosa. Y puede y no lo hace. Luego si no lo hace es porque no quiere. Y no quiere porque así debe de convenir á alguien. Y ¿á quién puede convenir sino á nosotros?

¡Misterio profundo! se dirá. Sí, pero no tan profundo que no lo alcance al momento cualquiera que se digne observarlo. Mejor dicho: no es misterio, sino lección oportunísima. El Dios de ricos y pobres al entrar en el mundo quiere hablar muy alto á ricos y pobres, y en el silencio de esta noche helada, en la soledad de este desquiciado portal, su enseñanza es más elocuente que la de los liceos y academias del mundo que han asombrado á los siglos con sus altas cuestiones, sin haber resuelto aún la cuestión principal.

La solución que con su ejemplo da el mismo Dios á la gran cuestión actual entre pobres y ricos, es la siguiente.

Supuesto que ha de haber pobres y ha de haber ricos, los dolores de la pobreza deben templarse con la *resignación cristiana*; los placeres de la riqueza deben templarse con la *moderación cristiana*. Esta *resignación* y esta *moderación* acercarán las distancias que separan al pobre del rico, alzando un poquito al uno y bajando otro poquito al otro, con lo cual, y con la caridad que dé la mano á entrambos, quedarán unidos y hermanos los que, aconsejados por solas sus pasiones, se han mirado siempre como enemigos.

Y dadle las vueltas que queráis al temeroso problema, no hay otra salida que ésta: que sea *resignada* la pobreza, y que sea *moderada* la riqueza.

— ¿Pero qué entender por *resignación*? —
¿Qué por *moderación*?

Resignación es una virtud cristiana que sólo la fe puede comunicar, por la cual, aunque podemos practicar los medios para salir ó librarnos de nuestras aficciones, sin embargo, sometemos con humildad nuestro corazón á ellas, sabiendo que es Dios quien las ha ordenado ó las ha permitido.

Pobres de Jesucristo, grabad en vuestro corazón estas palabras: no se os prohíbe buscar arbitríos con que salir de vuestra pobreza, y mejorar la posición de vuestros hijos.

No es pecado desear ser rico, ni es pecado trabajar honradamente para serlo. Pero es pecado, sí, rabiarse día y noche contra la pobreza, y renegar de Dios que no os ha dado la salud ó la fortuna de vuestro vecino, y odiar al rico, sólo por no poder serlo como él. Es pecado murmurar de la Providencia de Dios, quien, porque es dueño de todo y de todos, da lo que quiere y á quien quiere y del modo que quiere. Es pecado desesperarse y rechinar de dientes contra el Cielo, maldiciendo la necesidad de trabajar para comer, como si el que come sin trabajar se viese por esto sólo libre de trabajos. Es pecado, en una palabra, olvidarse de la *resignación*, que no es otra cosa que acomodar nuestra voluntad á la de Dios.

La *resignación* no es una mortificación, es una verdadera virtud de conveniencia. Hemos de padecer sin remedio; ¿qué vale más, padecer rabiando ó padecer consolado? Hemos de trabajar; ¿qué es más duro, trabajar maldiciendo la necesidad que nos obliga á ello ó trabajar alabando á Dios que nos ha criado para esta suerte? Ya que hemos de llevar la cruz, llevarla con aire, y así se hará más ligera. La pobreza *resignada* es más feliz, muchas veces, que la misma riqueza, y no es raro encontrar pobres, muy pobres, en cuya casa reina más tranquilidad que en los palacios. Mil veces lo he oído de los labios de un pobre *resignado*: « ¡Pobre soy, pero... ¡alabado sea Dios! » Hé aquí la *resignación*.

Mas el Niño del portal no habla solamente á los pobres. También los ricos dependen de él y han de ser enseñados por él, y por él han de ser rigurosamente juzgados. A los pobres encarga la *resignación* en el sufrimiento de su pobreza, á los ricos encarga la *moderación* en el goce de sus riquezas.

Moderación significa templanza, sobriedad, límite en el uso de los goces de la tierra: significa privarse de esa borrachera de lujo y de diversiones en las cuales se consumen grandes caudales sin utilidad para el rico y con grave escándalo del pobre. No significa guardar el dinero, sino saber gastarlo honrada y cristianamente en el aumento de la Religión, en el consuelo de los necesitados, en la instrucción de los ignorantes, en obras de utilidad pública, en el fomento de las buenas costumbres.

¡Ricos de la tierra! Muchas veces os portáis mal, muy mal, y por esto estallan sobre vuestras cabezas todas las iras del cielo y braman bajo vuestros pies todos los volcanes del infierno. Tenéis grandes riquezas, y como aquel rico de que nos habla el Evangelio, sentados en vuestro trono de dinero, vivís únicamente para vosotros solos y para los deseos de vuestro cuerpo y para los caprichos de vuestra vanidad. No es vuestro solamente el dinero que tenéis, es de Dios, y de consiguiente sólo podéis gastarlo del modo que ha dispuesto Dios. La Religión, la patria y el pobre gimen abrumados de necesidades; ¿á qué ese lujo que os llega á poner en ridículo de puro exagerado? ¿á qué esos espectáculos en los cuales disipáis en una sola noche lo que bastaría para mantener á una familia una porción de meses? ¿á qué ese banquetear sin qué ni para qué, convirtiendo el alma humana en esclava vil de la parte más grosera del cuerpo, el estómago?

No obraban así nuestros abuelos, que sabían adular menos á las masas y obrar más y mejor por ellas. Nuestros abuelos tenían teatros menos suntuosos, pero sabían fundar vastos hospitales, y no sólo fundarlos, sino enriquecerlos con rentas. Nuestros abuelos hacían menos discursos sobre la suerte de las clases jornaleras, pero sabían mejor el camino de la casa del jornalero enfermo, y legaban dotes para sus hijas. Nuestros abuelos hablaban menos de soberanía popular y de derechos del pueblo, pero vivían en medio de él más que nosotros, y compartían con él sus alegrías y sus tristezas más que nosotros, y eran menos altivos con él que nosotros. Nuestros abuelos, en una palabra, eran más cristianos, és decir, creían más en Dios, obedecían más á la Iglesia y amaban más á sus hermanos. Hoy para ciertos ricos no hay más Dios que su dinero, ni más religión que su negocio, ni más templo que su fábrica, ni más prójimo que su yo. Hoy para muchos ricos el pobre no es su hermano, es una máquina alquilada á la cual se da cada

día un jornal, como se da cuerda á un reloj, sin amor, sin piedad, sin entrañas. No es esto lo que debe ser la riqueza cristiana.

¡La limosna! ¡Ay Dios mío! ¡Quién da limosna en el día de hoy? Porque, no es dar limosna arrojar un ochavo á un mendigo para librarnos de su asquerosa presencia. No es dar limosna consignar una partida en una suscripción pública para que luego la trompeteen todas las gacetillas de la ciudad. Dar limosna, oh ricos, es dar vuestro dinero en abundancia si lo tenéis en abundancia; es darlo con modestia, sin herir la dignidad personal del que lo recibe; es darlo con la mano y con el corazón, es decir, acercándoos al pobre, interesándoos por él, amándole, consolándole, instruyéndole y mejorándole. Dar limosna es ir en busca del necesitado antes que él venga en busca de vosotros, es visitarle en su barraca ó en su buhardilla, es sufrirle aunque os sea repugnante.

¡Ricos de la tierra! oíd la voz del Niño de Belén, que es vuestro Dios y será vuestro Juez! Moderación en todo, moderación en vuestro lujo, moderación en vuestras empresas, moderación en vuestras ganancias, moderación en vuestros placeres. No queráis gozarlo todo, ni ganarlo todo, ni explotarlo todo. Al fin vendrá la muerte, pasito á paso, lenta y silenciosa, á sorprenderos en vuestras casas y en el bullicio de vuestros negocios, y no harán más dulce vuestra agonía mil duros más ó mil duros menos que dejéis á la otra parte de la losa. Y en cambio el buen uso de vuestro dinero, el goce *moderado* de vuestras riquezas puede haceros felices en vida y en eternidad.

¡Ricos y pobres! Escuchad otra cosa y es la última. No en vano la primera página de nuestra sacrosanta Religión, única verdadera, nos muestra un Dios en la miseria y en la persecución. Si habéis creído poderos formar de este mundo un valle de delicias en lugar de un valle de lágrimas, errásteis la cuenta, y andáis soberanamente equivocados. Los pobres sufriréis por vuestra pobreza, y los ricos sufriréis á pesar de vuestra riqueza, y todos creeréis dichoso al vecino, y nadie tendrá la suerte de creerse dichoso á sí propio.

Resignación, pues, en el llanto cuando acaezca tener que llorar, y *moderación* en la risa cuando haya ocasión de reír, ya que de risas y llantos se compone al fin nuestra vida. En medio de todos los goces y de todas las penas la fe en Dios, la esperanza en Dios, la caridad según Dios.

Cada día se os predicán nuevos derechos y se os ofrecen nuevas libertades y se os inventan nuevos progresos. Nuevos á la mañana y viejos ya y desacreditados al anochecer. La palabra de Belén, la voz del catolicismo es la verdad inmortal siempre antigua y siempre nueva, que nunca envejece

y nunca decae, que posee siempre, cuando es obedecida, su maravilloso poder de salvar á los individuos y á los pueblos. Ésta permanece eternamente.

¡Ricos y pobres! Con ella seréis hermanos y seréis dichosos en lo que quepa serlo en este mundo. Sin ella ¡ay de la sociedad! ¡ay de vosotros!

INGLATERRA

Colocación de la primera piedra de la iglesia del Sagrado Corazón de Jesús en Londres.

Entre las obras recomendadas especialmente á nuestros Cooperadores, en enero del presente año, por nuestro Rector General Sr. Don Rua, enumerábase la iglesia para la Casa salesiana de Londres.

La capilla que había allí servido hasta ahora de iglesia parroquial era ya demasiado estrecha para el número siempre creciente de fieles que acudían á ella.

La necesidad de edificar otra mayor era manifiesta; pero sin poder esperar grandes socorros de aquella nación donde las obras católicas están recargadas de deudas, no podía emprenderse la nueva obra sino poniendo toda confianza en Dios y en nuestros Cooperadores.

Habiéndose encontrado un sitio conveniente al objeto, se dió principio al trabajo, y el 3 de agosto se colocó solemnemente la primera piedra de la iglesia. Hé aquí la relación correspondiente:

REVMO. SR. D. RUA:

Por fin comienzan á efectuarse nuestros ardientes votos y esperanzas. El 3 de agosto será memorable para esta Casa, como que se echaron entonces los fundamentos de una obra de suma importancia.

Bien conoce V. R. cuán indispensable es en este barrio, donde nada falta á las sectas, la construcción de un templo católico, y comprenderá por tanto el contento de toda nuestra pobre feligresía al asistir á la colocación solemne de la primera piedra de la iglesia del Sagrado Corazón.

Deseábase dar el mayor esplendor posible á la ceremonia tanto para consuelo de los católicos para quienes tales funciones son como viva manifestación de la luz después de espesas tinieblas, cuanto para dar á conocer á los protestantes la majestad de nuestro culto.

Adornado convenientemente el local, llenóse de fieles y aun de protestantes atraídos por la curiosidad. Todos los balcones del



Iglesia del Sdo. Corazón de Jesús en Londres.

vecindario estaban igualmente atestados de gente.

A las cuatro de la tarde dióse comienzo á la ceremonia por el Ilmo. Sr. Obispo Butt acompañado de los sacerdotes salesianos. Si bien el rito correspondiente á una función semejante es hermosísimo y encierra gran enseñanza, en esta ocasión parecía tener mayor significado. Cerca de tantos templos de distintas sectas, cada una de las cuales pretende anunciar la verdadera doctrina de Jesucristo, el templo católico en nombre de la Iglesia les dice: « Vosotros sois de ayer y mi origen es antiguo como el mundo. » La colocación, pues, de la primera piedra es un acto importantísimo que reviste un carácter de censura, profecía y triunfo. La unidad, perpetuidad y santidad de la Iglesia recordadas en las oraciones que el Sr. Obispo recitaba en alta voz acusaban la desunión, inestabilidad y esterilidad de las trecientas sectas que dividen este pueblo y que son como vástagos áridos é infructuosos de la vid del Señor.

Así que se hubo hecho la aspersión de las cruces, el Sr. Obispo bendijo la piedra fundamental, la cual encerrando un pergamino con la relación del hecho y algunos retratos y medallas, fué sellada y colocada al son de un precioso cántico acompañado de música.

Terminada la función, el Ilmo. Sr. Butt tomó asiento y dió la bendición al Sr. Canónigo Akers quien subiendo á una tribuna pronunció el discurso correspondiente á las circunstancias, y en el cual con gran copia de doctrina y singular elocuencia manifestó cuán grande era el beneficio con que la divina Providencia regalaba á este pueblo, y cuán ardiente era el afecto que sentía hacia Don Bosco y la Pía Sociedad Salesiana.

Luego que terminó el discurso el Ilmo. Sr. Obispo visitó el establecimiento y se dignó aceptar un modesto té á que asistieron varios invitados. Difícil es expresar la paternal benevolencia con que nuestro insigne Prelado nos honra y alienta.

Todos abrigamos la esperanza de que el Señor bendecirá singularmente esta obra. Los trabajos se continúan con gran actividad, y confiamos no habrán de suspenderse aunque sea grande nuestra estrechez. Los devotos del Sagrado Corazón vendrán en nuestra ayuda á fin de ganar aquí muchas almas para el cielo.

Sírvase V. R. aceptar los más afectuosos recuerdos de mis hermanos y bendecirnos á todos.

De V. R.

Afmo. hijo
JUVENAL BONAVÍA
Presbítero.

Londres Battersea, 7 de agosto de 1892.

FRANCIA

NIZA.

• La Obra del Pan cotidiano.

Los Cooperadores Salesianos de Niza que de años atrás han tomado bajo su protección á los huérfanos del Patronato de San Pedro, recogiendo limosnas y proporcionándoles trabajos, han establecido ahora una obra eminentemente cristiana con el título de *Obra del Pan cotidiano*, cuyo objeto es proveer el pan necesario á los huérfanos del Patronato. Bastan cuarenta pesetas para el pan de un día: una persona ó familia elige, por ejemplo, el día de su santo, el de su cumpleaños, el de su matrimonio ú otro de su agrado para celebrarlo y atraer las bendiciones del Señor con la limosna correspondiente al pan de tal día y da aviso al Director del Patronato.

Don Rua al pasar no hace mucho por aquella ciudad expresó la más viva gratitud á los fundadores de esta preciosa Obra. En una reunión tenida entonces uno de los miembros del Consejo refirió el hecho siguiente: Dos Cooperadores Salesianos que viven en una misma casa y que acostumbran reunir en la tarde á sus familias para rezar el Rosario, luego que hubieron terminado su devoción, se pusieron á hablar de la reciente *Obra del Pan cotidiano*. Haciendo cumplidos elogios de semejante institución, determinaron suscribirse á ella y tomar cada uno de su cuenta el pago correspondiente al pan de un día. Dos sirvientas de aquellas familias, que habían oído la conversación, dijeron á sus amos que tubieran á bien suscribirlas también á cada una con la limosna para el costo del pan de un día. Conmovidos éstos, aceptaron el encargo y á nombre de los huérfanos del Patronato dieron las gracias á aquellas buenas mujeres.

Pero vino la noche y á cada uno de aquellos Cooperadores le vino á la mente el recuerdo de semejante caridad, pareciéndoles que para sirvientes que ganaban 30 ó 40 pesetas mensuales aquella limosna era demasiado crecida.

Al día siguiente al verse de nuevo advierten que les había ocurrido el mismo escrúpulo. Hablan á las sirvientas y les dicen que mucho harían con tomar una suscripción entre ambas. Tiempo perdido. *Es verdad que somos pobres, dijeron; pero lo poco que ganamos es nuestro y ningún empleo mejor podemos hacer de ello que dándolo á los más necesitados. Queremos tener cada una nuestro día y nos sentiremos muy felices con ser una vez al año como madres de los hijos de Don Bosco. Dios nos recompensará.*

Sí, Dios las premiará con largueza. ¡Qué tan noble ejemplo sirva para tocar en el corazón á quienes viven en la abundancia!

NUEVO ORATORIO FESTIVO EN NIZA

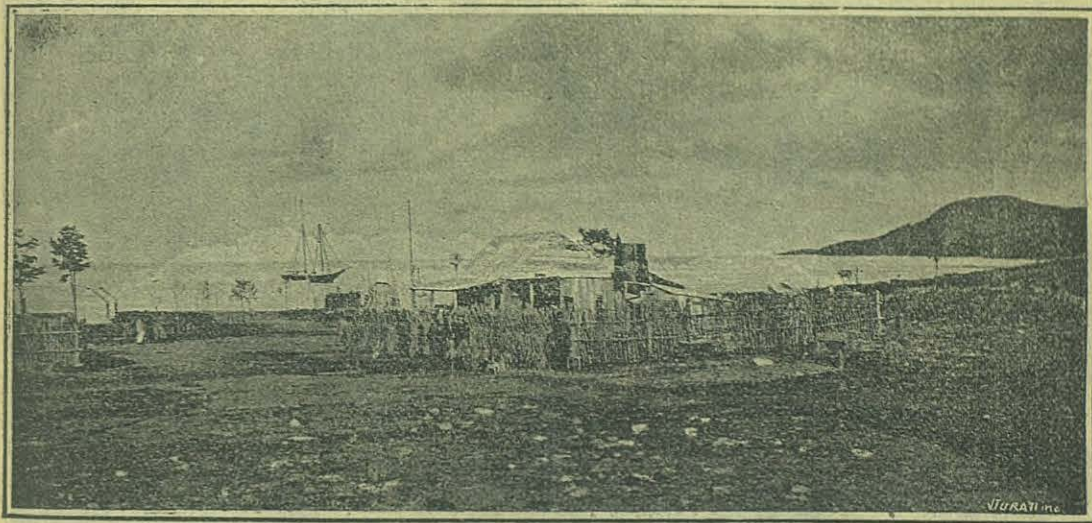
Una gracia de San José.

Todos conocen ya el bien que los hijos del pueblo reportan en los Oratorios Festivos. Tres años hacía que los Salesianos de Niza buscaban un local donde poder establecer esta regeneradora institución, sin poderlo conseguir.

Don Rua tuvo entonces la buena idea de recomendar el asunto á San José, é insinuó á todos los socios del Patronato que recitaran al efecto durante todo el mes de

marzo tres Padrenuestros, Avemarias y Gloripatris á San José, una Salve á María Auxiliadora y un Pater, Ave y Requiem por Don Bosco.

Antes de concluído el mes se obtenía el deseado local, y el 1° de abril el Director Salesiano de la Casa de Niza firmaba el contrato de arriendo por nueve años. El local comprende un patio y una barraca, la mitad de la cual se destinará para capilla. Aquello es tan pobre que trae fácilmente á la memoria el recuerdo de Belén. Ojalá los Hijos de Don Bosco puedan atraer allí numerosos niños para enseñarles á conocer, amar y servir á aquel que por nuestro amor nació pobre y humilde en un portal.



Una casa Salesiana en la isla de Dawson.

NOTICIAS DE NUESTRAS MISIONES

TIERRA DEL FUEGO

Nuevos neófitos.

Puntarenas, 10 de mayo de 1892.

REVMO SR. D. RUA:

No hace mucho que le decía que la instrucción religiosa que los *fueguinos* reciben en la isla de Dawson no es sólo en provecho de ellos, sino que contribuye á atraer á los demás salvajes. Me cabe ahora la satisfacción de avisarle que los indios, que en la primavera partieron en sus canoas en busca de otros de sus compatriotas, comienzan ya á volver acompañados *eum exultatione, portantes manipulos suos*.

El 5 de los corrientes, después de unos ejercicios espirituales á nuestros hermanos

de aquella isla, recomendaba que se rogase á Dios para que otros salvajes llegaran á aumentar nuestra Misión. Oraron también los *fueguinos* y once hicieron la comunión ese día con tal intención. Pues bien á las diez de la mañana de aquel mismo día, cuando me hallaba retirado en mi pieza llegaron á anunciarme que se acercan dos *pirogas*.

Con gran contento tomo unos anteojos y diviso las canoas que vienen al puerto. Los indios celebran á su vez ver llegar nuevos huéspedes. Venciendo la corriente de las aguas y bañados con la lluvia que caía á torrentes llegan por fin, y con gran contento desembarcan diez y seis indios. Todos los nuestros corren á recibir á los recién llegados, ponen en seguro las *pirogas*, encienden fogatas y se prepara carne, galletas, pan etc., para festejarlos. Las Hermanas de María Auxiliadora se encargan de vestir y dar alojamiento á los niños y mujeres apenas cubiertos con algunas pieles, en tanto que los Salesianos proporcionan á los hombres todo lo que necesitan.

Cuando se hubieron calentado y tomado alimento con el apetito que es de imaginarse el jefe de ellos, un tal Santiago que ya había estado en nuestras Misiones, nos dió cuenta de su viaje: dijo que había encontrado muchos indios; pero que no le había sido posible traer por ahora más de quince por escasez de *pirogas*; que otros vendrían tan pronto como hubieran concluido de fabricar varias que estaban trabajando con gran empeño.

¡Pobre Santiago! Cuando había partido

había ido bien provisto por el P. Pistone de vestidos y alimentos, y ahora llegaba harapiento en un estado miserable.

Mucho gozaba yo con oírle hablar con tanta confianza con el P. Pistone, y en su lengua dar á sus compañeros noticia de nuestros trabajos, talleres, habitaciones etc. Parecía volver á su propia casa y con toda desenvoltura conducía á los indios recién llegados ya á una parte, ya á otra, diciéndoles: Ved, si es cierto todo lo que os había dicho. Aquellos le seguían á todas partes y



La Misión Salesiana de la Tierra del Fuego.

parecían atónitos al ver tantas cosas que eran para ellos verdaderas maravillas, una especie de nuevo mundo.

Sentí verme obligado á dejarlo bien pronto; pues otros trabajos me llamaban á Punta Arenas; pero bien saben atenderlos á todos el P. Pistone, y demás auxiliares.

Las limosnas que me ha enviado y que acabo de recibir han sido providenciales; la necesidad era extrema. ¡Dios recompense con largueza á nuestros Cooperadores!

Se continúan los preparativos para la Mi-

sión que vamos á establecer en el Cabo Peñas, donde se hallan los salvajes de la tribu de Onas y en la cual no ha llegado hasta ahora la menor luz de civilización.

Comienzan ya á blanquear de nieve las alturas y á sentirse valientes fríos; por lo que es menester suspender las misiones en movimiento, hasta que vuelva la época favorable.

El P. Bouvoir va con algunos indios á Montevideo, de donde seguirá camino á Génova.

Sírvase, Revmo. Don Rua, bendecirnos á todos y recordarnos en sus oraciones.

De V. R. A. y H. S.

JOSÉ FAGNANO
Prof. Apostól.

TIERRA SANTA (Belén)

Asilo de la Santa Familia.

Belén, 8 de junio de 1892.

REVMO. SR. D. RUA :

Por encargo de mi Superior, el R. Padre Belloni, le escribo gustoso la presente para darle noticia de nuestras últimas fiestas y renovarle las expresiones de mayor afecto y veneración de todos los Salesianos de Tierra Santa.

Iglesia del Sagrado Corazón de Jesús en Belén.

Esta iglesia de treinta metros de largo y de catorce de alto es esbelta y graciosa como nuestras antiguas catedrales góticas: el arquitecto un sacerdote, compañero del canónigo Belloni, ha sido el ingeniero, que inspirado por su devoción al Sagrado Corazón ha impreso en ella un sello particular de grandeza y armonía, que contribuyen á avivar la devoción y el recogimiento.

Al entrar en ella el alma se siente como atraída por el Sagrado Corazón, cuya grande y rica estatua ocupa allí el puesto de honor. En la cúpula que domina el coro hállase representada la aparición del Señor á la Beata Margarita María.

El altar mayor de mármol blanco, sobre el cual se ve una preciosa estatua de tres metros de alto, es un obra maestra, y las decoraciones ligeramente doradas de exquisito gusto. La iglesia en forma de cruz latina es de tres naves, y en las laterales se han hecho tribunas que permiten aumentar considerablemente el número de los fieles que concurren á las fiestas. Si bien en la decoración domina el estilo griego, el conjunto general es de estilo romano con hermosas bóvedas, pilastras coronadas de capiteles corintios, y colores suaves y bien es cogidos.

Hay siete graciosas capillas laterales alumbradas con la luz suave y fantástica de las ventanas de vidrios de colores. Todo inspira devoción. No dudo que el Sagrado Corazón de Jesús y María Auxiliadora derramarán aquí abundantes bendiciones.

Fiesta de María Auxiliadora.

Solemne y sumamente concurrida fué la fiesta celebrada este año el día de María Auxiliadora. Cantóse una misa en que pontificó el Illmo. Sr. Obispo de Capotolia y con asistencia de los canónigos, las diversas órdenes religiosas de esta ciudad y de un inmenso gentío. El canto ejecutado por los niños de la casa mereció singular aceptación.

El Cónsul general de Francia, queriendo que el recuerdo de esta fiesta quedase indeleble entre los pobres, les hizo distribuir abundantes limosnas.

La fiesta civil con iluminación, fuegos etc. llenó de entusiasmo al pueblo.

Las abundantes lluvias que han caído en estos últimos meses han tapizado de verdura los campos, alegrado á los agricultores y contribuido poderosamente al éxito de la cosecha.

Sin más por ahora le saluda con profundo respeto y afecto S. S. S.

A. NEPLE.

Gracias de María Auxiliadora

La paz en casa. — Hacía tiempo que vivía afligida é inquieta por cierta discordia que se había originado entre mis primos. Su ejemplo era causa de habladurías y de escándalo para cuantos les conocen; pero ninguna consideración era suficiente á calmar su ánimo. Así las cosas ocurri al Oratorio Salesiano á fin de que los hijos de D. Bosco rogaran á María Auxiliadora por la paz tan suspirada. Y la Virgen Santísima no tardó en conceder la gracia: el 19 de los corrientes uno de mis primos me trajo la noticia de haberse todos reconciliado perfectamente.

¡Bendita sea María Auxiliadora!

Tengo el gusto de acompañarle una limosna para las Misiones salesianas y de saludarle con todo respeto

MARGARITA A.

Turín, 22 de noviembre del 1889.

Una conversión en la hora de la muerte. — Hacía diez y seis años que yo vivía con una señora de 64 años, que de niña había abandonado la religión católica y pasado á una secta protestante. Grande era mi temor de que le ocurriera la muerte sin haberse convertido.

El 21 de mayo de 1889 habiéndole confiado mi inquietud á una amiga, resolvimos no hablarle de sacerdote ni confesión; re-

comendarla á María Auxiliadora y conseguir tan sólo que llevara al cuello una medalla de esta advocación.

En el mismo día hablamos con ella, y obtenido esto, dos horas después le sobrevino un ataque apoplético. Llamados los médicos declararon ser el caso muy grave y apenas dieron alguna esperanza de sanarla.

Señora, le dijo entonces mi amiga, un día que yo caí muy enferma hice llamar un sacerdote y luego que me dió la bendición me sentí notablemente mejor; haga U. lo mismo, y no le pesará.

Todas las personas que aquí la acompañamos deseamos aliviarla; pero nada podemos. El único que puede sanarla es el Señor, dueño de nuestra existencia. ¿Quiere hacer la prueba? ¿Quiere que llame un sacerdote?

La señora la miró y con cierta irónica sonrisa le contestó burlescamente, no haciendo aprecio alguno de los sacerdotes ni de la Iglesia. Luego quedamos en silencio. Pero á poco con sorpresa general exclamó: — Sí, sí, llamad un sacerdote, que venga luego.

Vino luego un eclesiástico que la exhortó á confiar en María Auxiliadora.

La enferma le oyó atentamente, y en seguida besando la medalla y estrechándola al corazón terminó por confesarse con grandes muestras de arrepentimiento. Vivió algunos días todavía, casi sin darse cuenta de lo que pasaba á su alrededor; pero pronto que llegaba el sacerdote recobraba sus facultades y manifestaba singular contento y reconocimiento.

Por fin expiró en gran paz el 24 de mayo, día de María Auxiliadora.

ANA VALINO.

Varasse, 23 de noviembre de 1889.

María Auxiliadora y los huérfanos de Don Bosco. Antes de 1887 había yo prestado, sin documento legal, una gruesa suma de dinero á una persona que hallándose en cierta estrechez no se manifestaba dispuesta á pagármela. Como necesitara aquella cantidad se la pedí repetidas veces, y me valí de personas influyentes para conseguirla, aunque fuera concediéndole una reducción; pero todo en vano, pues que en vez de darme esperanza alguna me amenazó y calumnió.

Sin saber que recurso tomar me volví á María Auxiliadora y le prometí que, si recobraba dicho dinero, daría la décima parte á los huérfanos de Don Bosco. Más aún, para alcanzar su protección hice desde luego una limosna al Asilo Salesiano. ¡Cosa admirable! A los pocos días el deudor, cambiando de sentimientos, sin que yo le hablara una palabra, me dió un documento legal en que reconocía la deuda; al cabo de pocos

meses me pagó todo el valor, y acosado de deudas huyó á América.

Alentado con semejante éxito encomendé á María Santísima otros valores prestados que consideraba perdidos, y los cuales no tardé en recobrar. Le confié entonces á ella todos mis intereses, renovándole la promesa de dar la décima parte de las ganancias al Instituto de Don Bosco, y he visto sin demora llover las bendiciones sobre mi casa sin que desgracia alguna turbe el bienestar de la familia!

Es más: en la primavera de 1888 como en una noche le robaran á mi padre sobre 2000 pesetas, que eran casi todo su capital, fui á consolarle, é invoqué al propio tiempo á mi protectora María Auxiliadora. Aun esta vez fui escuchado, pues á poco tuvimos noticias de haberse encontrado lo robado y no tardó mi padre en recibirlo todo enteramente.

Indigno de tan señalados beneficios, agradezco de todo corazón la bondad de María Auxiliadora y para su mayor gloria público con toda fidelidad lo sucedido.

RAFAEL MELLONI

Cooperador Salesiano.

San Pedro de Casale, 24 de enero de 1891.

* *

REVMO. SR. DON RUA:

Hacia doce días que padecía agudísimos dolores en una mano á causa de una enfermedad, que el médico calificó de muy grave, cuando el Sr. D. Francisco Atzeni Pro. Salesiano, me recomendó que en nombre de María Auxiliadora, me pasara por la mano una medalla de la misma que dicho señor tuvo la bondad de darme; hícelo así, y sentí una mejoría tan notable que á los dos días el médico me daba de alta admiradísimo de ver un cambio tan repentino.

En prueba de mi agradecimiento y para honra y gloria de la Santísima Virgen le dirigo la presente carta escrita de mi propia mano, que, aunque débil todavía, es un testimonio evidente del poder de María Auxiliadora.

Con este motivo tengo el honor de ofrecerme como su más afectísimo y humilde servidor

Q. B. S. M.

MARTÍN GONZALEZ GARCÍA,

Setiembre de 1892.

* *

AMADMO. PADRE:

Desde Sevilla y del convento de la Trinidad le escribo estos dos renglones para decirle que en Utrera la señora D^a Tomasa Escribano de Murube ha vestido á doce ni-

ños pobres, en acción de gracias, por un favor que ha recibido de nuestra Madre María Auxiliadora por intercesión de Don Bosco.

Soy siempre de V.

Afmo. hijo y servidor

FRANCISCO ATZENI Pbro. Sal.

Sevilla, 11 de setiembre de 1892.



HISTORIA DEL ORATORIO DE S. FRANCISCO DE SALES

PARTE SEGUNDA

CAPÍTULO IX.

Elogio del sistema preventivo de educación. — Prueba de su bondad. — La Generala. — Un paseo á Stupinigi. — Relación del Conde Conestable. — Palabras de Don Bosco.

Una de las preguntas que el Sr. Ratazzi hizo á Don Bosco, en la visita de que hemos hablado, fué sobre los medios de que se valía para conservar el orden entre tantos niños que concurrían al Oratorio.

— ¿No tiene U., le preguntó, uno ó dos guardias civiles, sin traje militar, que le ayuden á mantener la paz entre tantos chiquuelos?

— No es menester, señor.

— ¿Es posible? Estos niños deben de ser inquietos y traviosos como son los de todo el mundo. ¿De qué castigos se vale entonces U. para impedir la contiendas y disturbios?

— La mayor parte de ellos son vivos y bulliciosos, como que no han bajado del cielo; pero con todo no se emplea con ellos castigo de ninguna suerte.

— Esto es bien extraño; tenga la bondad de explicarme semejante misterio.

— No ignora U., señor, que dos son los sistemas usados para la educación de la juventud: el sistema represivo que emplea la severidad, la fuerza y el castigo, y el sistema preventivo que basado tan sólo en la caridad, ayuda con dulzura á observar los propios deberes y suministra los medios eficaces al efecto. Éste es el adoptado en esta casa: se comienza por infundir en el corazón del niño el santo temor de Dios é inspirarle amor á la virtud y horror al vicio; se emplea gran vigilancia y acompañando siempre á los muchachos se les enseña con el ejemplo, con amor de padre, preciso es servirles de guía á cada paso, aconsejarlos con gran paciencia y bondad, prevenirlo todo para ponerlos casi en la imposibilidad de faltar.

— ¡Ah, ciertamente que este es el método más á propósito para la educación! ¿pero es acaso conveniente para todos?

— De noventa, entre ciento, el resultado es sobremanera consolador, en cuanto á los otros diez se consigue al menos mejorar su índole, y rara vez ocurre que sea necesario expulsar á alguno como incorregible. A veces vienen aquí algunos rapazuelos que han desesperado á sus padres; pero al cabo de pocas semanas se transforman completamente; de lobos, por decirlo así, se cambian en corderos.

— Es lástima que el Gobierno no pueda adoptar el mismo sistema en sus establecimientos penales donde le es preciso emplear centenares de guardias y donde los encarcelados en vez de corregirse, empeoran de día en día.

— ¿Y qué impide al Gobierno adoptar tal sistema en sus cárceles? Que haga enseñar allí la religión, que dé tiempo para las instrucciones y prácticas de piedad, que les dé á éstas la importancia que merecen, que se permita entrar allí con frecuencia al sacerdote á fin de que consuele á los desgraciados, quienes oigan siquiera de sus labios algunas palabras de caridad y de paz, y el sistema preventivo producirá análogos resultados. Andando el tiempo bien poco ó nada tendrían que hacer los guardias y cabría al Gobierno la satisfacción de dar á las familias y á la sociedad útiles y morales ciudadanos. De otro modo gastará grandes sumas de dinero en el encierro y castigo de los criminales, y luego puestos en libertad, al terminar el tiempo de condena, deberá no perderlos de vista temeroso de que sean peores que antes.

Entretúvose un rato Don Bosco en hablarle sobre la materia á Ratazzi; y como desde 1841 conocía el estado de las cárceles y las había visitado no pocas veces no le fué difícil demostrar cuánto necesitaban de rehabilitarse por medio de la religión. — Al ver al sacerdote, añadió Don Bosco, al oír sus palabras de aliento, el encarcelado recuerda los felices años en que asistía á las instrucciones de catecismo, recuerda los consejos del párroco ó del maestro, reconoce que si está en una prisión es por haber dejado de asistir á la iglesia y de poner en práctica las enseñanzas recibidas; se siente conmovido, el corazón le dice la verdad, una lágrima asoma á sus ojos, se arrepiente, sufre con resignación, se propone enmendar su conducta, y cumplida la pena vuelve á la sociedad dispuesto á reparar los pasados escándalos. Si por el contrario se le priva de la benéfica influencia de la religión, si le falta un amigo sincero que se interese por su alma ¿que podrá esperarse de tal infeliz entre cuatro paredes que odia mortalmente? Sin sentirse alentado á levantar el espíritu sobre las cosas de la tierra, sin reflexionar que con su falta no sólo ha quebrantado la

leyes del Estado sino también las de Dios, Legislador Supremo, sin sentirse movido a implorar perdón, ni á sufrir resignado la pena temporal en vez de la eterna, no verá en su miserable condición sino el resultado fatal de una adversa fortuna, y por tanto en vez de bañar sus prisiones con lágrimas de arrepentimiento las morderá con desenfrenada rabia; en vez de proponerse mudar de vida se obstinará en el mal; aprenderá nuevas iniquidades de sus compañeros en la prisión, y combinará con los mismos la manera de proceder con más sagacidad en la ejecución de otros crímenes en proyecto.

Demostó Don Bosco á Ratazzi la utilidad del sistema preventivo sobre todo para la enseñanza en las escuelas, donde se cultiva el espíritu y se forma el corazón de los niños dóciles á la voz de la persuasión y del amor, inocentes aun de verdaderos delitos. — Bien comprendo, dijo al Ministro, que el implantar este sistema no es incumbencia del ministerio de su cargo; pero una palabra, una indicación suya será de gran importancia en el Ministerio de instrucción pública.

El señor Ratazzi escuchó con vivo interés á Don Bosco, convenciéndose perfectamente de la bondad del sistema establecido en el Oratorio, y prometióle que haría todo lo posible para conseguir que se adoptará en los establecimientos del Gobierno.

Si no cumplió su palabra respecto á todo lo que prometió á Don Bosco fué porque no tuvo valor para expresar sus convicciones religiosas.

Apenas había trascurrido un año de esta conversación, cuando, después de la Pascua de 1855, un hecho singular vino á hacer tocar como con la mano al ministro Ratazzi la eficacia de tal sistema, aun entre los muchachos díscolos.

Debemos comenzar por advertir que existe, desde 1845, en Turín una cárcel, llamada la Generala, para muchachos menores de veinte años. Los detenidos pasan la noche en celdas separadas, y durante el día trabajan ora en la agricultura, ora en algún arte ú oficio siempre vigilados por guardias con vara y bayoneta. Excusado es referir las riñas, pendencias, revueltas, atentados contra las buenas costumbres y demás deplorables excesos que allí diariamente ocurrían. Mas confiada por el Gobierno la dirección al Instituto de San Pedro ad Vincula, obtuvo Don Bosco el permiso de visitar con cierta frecuencia á esos pobres desgraciados y de enseñarles la religión: instrúalos con el mayor afecto, confesábalos, y en las horas de recreo se entretenía con ellos cual si fueran sus hijos. Los jóvenes prisioneros al verse tratados con tanta ternura le miraban como á propio padre, empeñábanse en expresarle su estimación y simpatía, y procuraban cumplir sus consejos al pie de la letra.

Un día obraron por decirlo así un milagro

y demostraron claramente la importancia del sistema preventivo, aún tratándose de los ánimos más obstinados y rebeldes. El hecho ha sido ya publicado, entre otros autores, por el Presbo. Luis Mendre, el doctor Carlos d'Espiney, el conde Carlos Conestáble etc. Es el siguiente:

Dando una vez Don Bosco ejercicios espirituales á los detenidos fué escuchado con tanta atención y cariñoso respeto, y salió él tan satisfecho y edificado que resolvió acordarles un premio por su buen comportamiento. Con esta idea pide al Alcaide que le permita hacer con aquellos jóvenes un paseo á Stupinigi, aldea con unas mil almas cerca de Sangone, á cuatro millas de Turín, y donde hay un parque real.

Para el prisionero un día de aire libre, lejos de los estrechos muros que le encierran, es el solaz más ambicionado.

— Vengo, dijo Don Bosco al Alcaide á hacerle una propuesta, que le ruego tenga á bien aceptar.

— Haré lo que pueda por complacerle, pues tan buenos servicios presta U. á esta cárcel.

— Gracias, señor. Desearía que para dar una recompensa á estos pobres jóvenes, que de tiempo atrás no dan motivo alguno de queja, que tenga U. la bondad de darles permiso para hacer conmigo un día de paseo á Stupinigi. Esto convendrá no sólo á su salud corporal sino también á su espíritu.

El Alcaide le miró atónito y luego le respondió: — ¿Me habla U. seriamente?

— Con toda seriedad, señor; y mucho le agradeceré que atienda mi súplica.

Larga fué la entrevista. Por fin, excusándose el Director con la inflexibilidad del reglamento, concluyó por decirle que hablaría con el Ministro de lo Interior, el Sr. Urbano Ratazzi.

Ratazzi oyó no si extrañeza la solicitud; pero, como quiera que ya conocía á Don Bosco, contestó que deseaba verle. Se presentó Don Bosco al Ministro con aquella actitud humilde, sencilla y franca, inalterable delante del pobre aldeano, como del más ilustre personaje. Recibióle aquél con gran gentileza, y hablándole del asunto le dijo: — Me pide U. un imposible.

— No, señor; permítame insistir: las disposiciones de los encarcelados son excelentes; seguro estoy de su docilidad y de que ninguno burlará mi confianza...

Supo Don Bosco hablarle con tan persuasiva elocuencia que, al fin, el Ministro vino en lo que le pedía.

— Bien, le dijo, accedo á la petición de usted, y le proporcionaré un piquete de carabineros, que vayan disfrados con traje de paisano á la distancia y á quienes U. pueda ocurrir en caso necesario.

El Ministro había pronunciado estas palabras con grave y blando acento, como si

dejara completamente satisfecha la petición. Mas Don Bosco replicó :

— Agradezco, señor, profundamente la bondad de U.; con todo no me sería dable así realizar mi deseo: la vista de aquella gente podría infundir sospecha en el ánimo de los agraciados y amargarles el placer. Nada tema U. Yo me constituyo responsable y me someto á sufrir la prisión si ocurre el menor desorden.

El Ministro quedo como estupefacto.

— Así se le escaparían todos y U. volvería solo á Turin.

— Confíe U., señor, que volveré con todos ellos.

Don Bosco no cedía un punto en su intento. No había más que permitir ó negar. Ocurrió entonces un fenómeno extraordinario: Don Bosco inspiraba toda confianza al ministro Ratazzi, quien curioso de tentar la prueba y no dudando quizá de que fuera fácil coger de nuevo á los que se fugaran, aceptó la indicación.

En la víspera de tan memorable fiesta Don Bosco se presenta á sus protegidos y les dice: — Hijos míos, vengo á daros una buena noticia: en premio de la benevolencia que habéis usado conmigo, en premio de la buena conducta que desde hace algún tiempo venís observando, en premio sobre todo de vuestra correspondencia á mis trabajos en los ejercicios espirituales, me he visto con el Sr. Alcaide y con el Sr. Ministro y he obtenido la licencia de conducirlos mañana á paseo al parque real de Stupinigi.

Los pobres jóvenes, al oír estas palabras, dieron un grito atronador de sorpresa y alegría. Restablecida la calma, continuó Don Bosco: — Bien comprendéis cuán grande sea este favor, que nunca jamás se ha concedido.

— ¡ Viva Don Bosco! ¡ Viva el Ministro! exclaman todos.

— Sí, viva el Ministro; pero no olvidéis lo que voy á deciros: Yo he empeñado mi palabra de que todos vosotros, del primero al último, os conduciréis tan bien que no habrá necesidad de guardias ni de carabineros; he empeñado mi palabra de que ni uno solo dejará mañana de volver acá. ¿Podré estar tranquilo? ¿Podré estar seguro de que ninguno procurará huír?

— Sí, sí, esté seguro; nos portaremos perfectamente, respondieron unánimes. Uno de los más adultos añadió:

— ¡ Cuidado, que si alguno intentara huír correría tras de él y le estrujaría como á un pollo!

— Y yo, dijo otro, le quebraría una piedra en la cabeza.

— ¡ No volvería vivo á casa, gritó un tercero!

— ¡ Basta, basta! interrumpió Don Bosco; estas palabras son duras y están de más. Yo confío en cada uno de vosotros; sé que

me queréis bien y que no me daréis disgusto alguno. La ciudad de Turin tendrá mañana puestos en vosotros los ojos. Una falta cualquiera caería sobre todos y particularmente sobre mí que he alcanzado este favor; me acusarían de imprudente y de que me he dejado engañar. Por otra parte ¿qué aprovecharía una fuga? La policía la descubriría al día siguiente y la haría pagar con más severa prisión. En cambio vuestra buena conducta os atraerá aplauso general y os acarreará nuevos favores. Mas, aparte de estas consideraciones humanas, vosotros, hijos míos, habéis prometido á Dios no volverle á ofender. Él os mira desde el cielo, pronto para bendeciros ahora y en el porvenir. Vais, pues, á darle mañana una prueba manifiesta de la fidelidad de vuestra palabra, de la firmeza de vuestras resoluciones. Conque así, todos en orden; ninguna desobediencia, ninguna riña ni altercado. ¿Me lo prometéis?

— Sí, sí, lo prometemos, le damos nuestra palabra. U. será nuestro capitán, añadió uno, y ya verá que ningún capitán ha tenido soldados más fieles y disciplinados.

Cuando Don Bosco les hubo dado las buenas noches, aquellos jóvenes no cabían de gozo.

A la mañana siguiente, después de misa, se abren las puertas del presidio y salen los trescientos detenidos, radiantes de contento, guiados tranquila y paternalmente sólo por Don Bosco. No les acompaña ni un soldado; todos van sueltos, festivos, en completa libertad. Palpítales vivamente la sangre en las venas y en su rostro se pinta la más apacible alegría. El dulce regocijo y la satisfacción que ven en el sacerdote que los acompaña parece reflejarse en todos ellos.

Jamás se vió paseo más hermoso.

Han tomado el camino de Stupinigi, y llegados allá se derraman por las sendas, prados y florestas del castillo; se sientan á la sombra de los árboles y junto á las puras aguas del lago, juegan, saltan, se divierten, comen y se entregan al más delicioso pasatiempo y á la más tumultuosa alegría. El goce de la expansiva libertad ha echado al olvido la oscuridad y tristeza de la cárcel. Describir las escenas de placer, las impresiones de los muchachos en aquel día es imposible.

Lo cierto es que no ocurrió ni sombra de desorden. La gran preocupación de todos era llenar de tiernas manifestaciones al buen Padre, y, como le notasen un tanto fatigado, descargan el animal que conduce los cestos de provisiones, y en él montan á Don Bosco, sin permitirle siquiera la molestia de tener las riendas. En cuanto á los cestos, los mismos jóvenes encargáronse de llevarlos á hombros.

El Ministro esperaba con impaciencia el resultado de la prueba. No obstante la confianza que Don Bosco le inspiraba, no podía sentirse del todo tranquilo.

En la tarde, de vuelta los jóvenes á la cárcel, pasó lista el Alcaide. No faltaba ninguno.

Don Bosco, sin pérdida de tiempo, va á Ratazzi y le da cuenta del resultado.

Atónito el Ministro, le dijo: — Le quedo reconocido de cuanto U. ha hecho por nuestros prisioneros; mas desearía saber cómo alcanza U. sobre ellos una influencia que ojalá fuese posible obtuviera el Estado.

— Señor, la fuerza que los sacerdotes tenemos, como U. lo sabe, es tan sólo moral; á diferencia del Estado que ordena y castiga, nosotros hablamos principalmente al corazón, y nuestra palabra es la palabra de Dios.

El Ministro debió comprender que la Iglesia posee un misteriosa fuerza superior á todo recurso humano y á cuanto pueda intentarse para abatirla (1).

(Continuará).



PRIVILEGIO ESPECIAL.

Nuestro Santísimo Padre el Papa León XIII accediendo á las súplicas del Revmo. Prior General de la Orden Cármelita, se ha dignado promulgar un importante decreto que se nos pide demos á conocer á los fieles á fin de que gocen de nuevos favores en beneficio propio y de las almas del Purgatorio.

Hélo aquí:

León Papa XIII.

Para perpetua memoria.


A fin de que aumente más y más la devoción y piedad de los fieles hacia la Beatísima Virgen del Carmen, con lo que pueden derivarse abundantes y saludables frutos para las almas de los mismos, inclinado Nos benignamente á la piadosa demanda de nuestro carísimo hijo Luis María Galli, sumo moderador de la Orden de la Bienaventurada Virgen María del Monte Carmelo de la Antigua Observancia, hemos determinado enriquecer las Iglesias Carmelitanas con un privilegio especial. Por cuya razón es que, por la misericordia de Dios omnipotente y usando de la autoridad de sus Apóstoles San Pedro y San Pablo, concedemos á todos y á cada uno de los fieles cristianos, de uno y otro sexo, verdaderamente contritos y con-

(1) EL CONDE CONESTABILE, *Opere religiose e morali in Italia.* — (2) EL CARDENAL ALMONDA, *Don Bosco y su siglo.*

fesados y que hayan recibido la Sagrada Comunión, que devotamente visitaren cualquiera de las iglesias ó cualquiera de los Oratorios públicos, así de los Hermanos como de las Monjas de toda la universal Orden Carmelitana, tanto de los Calzados como de los Descalzos, en cualesquiera lugares existentes, en el día diez y seis del mes de julio de cada año, en que se celebra la festividad de la Virgen Madre de Dios del Monte Carmelo, desde las primeras vísperas hasta el ocaso del sol del mismo día, y allí dirigiesen pías preces á Dios por la concordia de los Príncipes cristianos, extirpación de las herejías, conversión de los pecadores y exaltación de la Santa Madre la Iglesia, *cuantas veces* esto hicieren, *tantas veces (toties quoties) Indulgencia plenaria* y remisión de todos sus pecados, la cual puedan aplicar por modo de sufragio á las almas de los fieles en Cristo, que unidas con Dios por la caridad hubieren salido de este mundo. No obstante nuestra Regla y la de la Cancillería Apostólica de no conceder Indulgencias *ad instar*, las otras Constituciones y Ordenaciones Apostólicas y las demás y cualesquiera que existan en contrario. Valiendo las presentes para los futuros tiempos perpetuamente. Queremos también que á los trasuntos ó copias de las presentes Letras, ó asimismo ejemplares impresos, autorizados por mano de algún notario público y refrendados con el sello de persona constituida en dignidad eclesiástica, se les preste desde luego la misma fe que se prestaría á las propias presentes Letras, si fuesen exhibidas ó manifiestas.

Dado en San Pedro de Roma, bajo el anillo del Pescador, día XVI de mayo de MDCCCXCII, año décimoquinto de Nuestro Pontificado.

S. Cardenal VANNUTELLI.

Lugar  del sello.

